



Homilía en la Fiesta de la Virgen de la Vega 2018

NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA

Veneramos a la Virgen de la Vega, Patrona de nuestra ciudad, en la fiesta de la Natividad de María.

El nacimiento de María y la historia concreta de su vida conducen a la salvación en su hijo “*Jesús*”. El nombre de Jesús expresa su verdadera identidad personal como el que “*salvará a su pueblo de sus pecados*”. En Jesús se ha hecho realidad la presencia de “*Dios con nosotros*” (Mt 1,23); y el hijo de María es el Hijo de Dios y la “*imagen del Dios invisible*” (Col 1, 15), porque es la obra más perfecta del Espíritu Santo.

Jesús nos ha sido dado por Dios como “*el primogénito entre muchos hermanos*”, que estamos destinados a reproducir su imagen, y a ser en él justos, santos y herederos de su gloria. La experiencia de haber sido elegidos por él para compartir su amistad y su vida nos lleva a confesar con el apóstol Pablo “*que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien*”. Porque el amor a Dios, que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones, es la plenitud de nuestra vida, la fuente de nuestra libertad para amar y servir al prójimo, y la garantía de la esperanza que nadie puede arrebatarlos.

La Virgen María es la criatura humana en la que el Espíritu Santo realizó su obra de santificación para hacerla digna de engendrar en su seno al Hijo de Dios. María nació Inmaculada, llena de la gracia del Espíritu Santo. Y este Espíritu la fue identificando a lo largo de su vida con los sentimientos y con la misión del hijo concebido en sus entrañas.

María fue la *bienaventurada creyente* en el poder de Dios (Lc 1,45), para quien “*nada hay imposible*” (Lc 1, 37); la *humilde obediente*, que acepta la realización de la voluntad de Dios en su vida y responde: “*hágase en mí según tu palabra*” (Lc 1, 38.48). Y Jesús la declaró como su perfecta y dichosa discípula, al enseñar que son “*bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen*” (Lc 11, 28).



En su camino espiritual de peregrinación en la fe, guardando y meditando en su corazón todas experiencias vividas en relación con su hijo (Lc 3, 51), María creció como discípula y se hizo intercesora a favor de los esposos en la boda Caná, que “*no tienen vino*” (Jn 2,3); y fue también maestra y pedagoga para aquellos sirvientes del banquete y para todos los sucesivos discípulos de Jesús, a los que indica: “*Haced lo que él os diga*” (Jn 2, 5).

En esta celebración del nacimiento de la Virgen María, Jesús nos ofrece su salvación a los que él ha llamado a formar parte de su nueva familia, junto con María y sus apóstoles, y con todos los discípulos “*que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen*” (Lc 8, 21). Escuchar y poner en práctica la Palabra de Jesús, acompañados por María, es el camino de la alegría del Evangelio, que llena el corazón y a vida de los que se encuentran con Jesús y se dejan salvar por él (cf. EvGa 1). Así lo vemos reflejado en María, que fue la testigo más alegre de la salvación de Dios y proclamó: “*se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador*” (Lc 1, 47).

La verdad no es solo una idea abstracta, sino sobre todo la Vida del Hombre auténtico, que es luz para los demás. Jesús es la verdad que nos salva y nos llena de alegría, porque es a la vez el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. Él da a conocer al hombre la verdad de su propia existencia humana y le descubre la grandeza y dignidad de su vocación.

En el encuentro con Él, el Primogénito entre muchos hermanos (cf. Rm 8,29), el corazón del hombre experimenta ya desde ahora, en el claroscuro de la historia, la luz y la fiesta sin ocaso de la unión con Dios y de la unidad con los hermanos y hermanas en la casa común de la creación, de las que él gozará por siempre en la plena comunión con Dios.

Jesús impulsa a la Iglesia a su misión de anunciar siempre esta alegría con renovado entusiasmo. El Pueblo de Dios peregrina por los senderos de la historia, en compañía de los hombres y mujeres de todos los pueblos y de todas las culturas, para iluminar con la luz del Evangelio el camino de la humanidad.

María ora hoy con nosotros invocando el don del Espíritu para continuar la misión de anuncio del Evangelio. Además, es para nosotros testimonio de perfecto seguimiento de las huellas de Jesús y, por tanto, es



maestra espiritual y pedagoga, que nos muestra con su ejemplo y su palabra el camino de renovación espiritual, misionera e institucional al que nos ha llamado el Papa Francisco.

Como es ya costumbre, iniciaremos el año pastoral 2018-2019, si Dios quiere, con la undécima **Semana de Pastoral**, desde el 17 al 23 de este mes. En ella vamos a desarrollar cuatro temas de gran importancia: 1. La celebración del domingo, día del Señor. 2. La catequesis de la iniciación cristiana. 3. La evangelización de los jóvenes. 4. El acompañamiento, para iniciar y fortalecer la fe.

El lema de la Semana es: “**Acércate y ponte a caminar junto a ese carro**” (Hch 8, 29). Esta breve frase del libro de los Hechos de los Apóstoles recoge la indicación del Espíritu al diácono Felipe para que acompañe a un ministro de la reina de Etiopía, en su viaje de vuelta desde Jerusalén, y le oriente en su búsqueda de la fe (Cf. Hch 26-40). Esta forma de evangelizar recuerda al mismo Jesús, que se “*puso a caminar junto con los de Emaús*”, y es modelo para acompañar a los caminantes y viajeros de la humanidad de todos los tiempos.

En esta Semana de Pastoral pretendemos “acercarnos al carro” del hombre de hoy, como Iglesia compañera de la humanidad.

Queremos acercarnos al carro de las personas en grave riesgo de ir haciendo del **domingo** un tiempo secularizado para el deporte, los viajes, las salidas al campo, las compras, el descanso y cualquiera forma de diversión, con olvido creciente de su sentido religioso y sin necesidad consciente de un tiempo de plenitud, en el encuentro con la familia y la comunidad de fe, en la práctica de las obras de misericordia y en la alegría del encuentro con el Viviente (cf. Ap 1,18) que recrea, enamora, transforma el corazón y hace sentir la gozosa añoranza de una fiesta sin ocaso.

Nos ponemos a caminar con los padres que quieren bautizar a sus hijos y los presentan después para la Primera Comunión; o con los adolescentes que se preparan para recibir la Confirmación. El “carro” de la **Iniciación cristiana** está lleno de nuevos etíopes extranjeros que necesitan que les preguntemos: “¿entiendes lo que estás leyendo?”; y esperan tener



ocasión de darnos su respuesta “¿cómo voy a entenderlo, si nadie me guía?”.

Nos acercamos al carro de los **jóvenes**, para escuchar las preguntas de su corazón, que seguro que las tienen, y muy hondas. Para preguntarles cómo van leyendo el libro de su vida, que preocupaciones e intereses llenan sus comunicaciones en las redes sociales. Y para que puedan decirnos con libertad qué dificultades encuentran para vivir en el recinto de la Iglesia y cómo hemos de abrirles las puertas de nuestras comunidades. De esta forma nos introducimos en el clima espiritual y en el contenido del Sínodo de los Obispos, que se va a celebrar en Roma en el próximo mes de octubre, y cuyo tema es “*Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*”. De este Sínodo esperamos mucha luz para fortalecer nuestra pastoral juvenil y vocacional.

Deseamos acercarnos al carro de una humanidad que necesita cercanía y **acompañamiento** de alguien dispuesto a andar junto con cada persona un camino común y compartido. La cultura dominante parece interesada en mostrar que la humanidad actual no siente necesidad de una Iglesia que camine con ella y la acompañe en sus búsquedas y tareas. Pero la Iglesia no puede dejar de sentirse motivada a acercarse e iniciar un diálogo sobre el misterio de la existencia humana y los caminos que conducen a la fraternidad real a la justicia y a la paz. La Iglesia diocesana quiere salir al encuentro de cada persona que anhela despertar o madurar en la fe, en la comunión con Dios y en la alegría del seguimiento y testimonio del Evangelio. Pero también quiere ser una Iglesia que acompaña con amor y respeto a todo hombre de hoy, en sus búsquedas y aciertos, en sus conquistas y grandezas, en sus riquezas y pobreza, y en sus dolencias y fragilidades. Para ello, en la Semana de Pastoral, oramos juntos con especial intensidad, y suplicamos que el Espíritu nos impulse, como a Felipe, a peregrinar con la humanidad, que se acerca a nosotros o transita por otros caminos subida en sus propios carros.

Puedo anunciaros, además, que el trabajo realizado en el año pastoral anterior nos ha hecho posible renovar la organización externa de los arciprestazgos y delegaciones diocesanas, y comenzar este nuevo curso poniendo ya en práctica la nueva programación de las delegaciones diocesanas de Catequesis, Primer Anuncio y Catecumenado, de la Vida



Carlos López Hernández

Consagrada activa, y de Apostolado de los laicos. Igualmente podremos presentar muy pronto la nueva programación diocesana para las Cofradías.

Siguiendo el proceso de renovación iniciado con la Asamblea Diocesana, nos proponemos llevar a cabo lo antes posible la nueva programación de las delegaciones de Familia y Vida, y de Pastoral Social y del Trabajo, así como crear el Servicio de Animación Bíblica de la Pastoral y la Escuela de Formación de Catequistas.

A pesar de los grandes desafíos externos del momento y de algunas debilidades internas, es mucho lo que podemos seguir haciendo si actuamos en comunión creciente las parroquias y comunidades religiosas, los colegios católicos, las familias, movimientos apostólicos, asociaciones y cofradías.

Compartimos los gozos y tristezas, esperanzas y angustias de los miembros de nuestra Diócesis y de quienes conviven con nosotros sin compartir la fe. Para ellos queremos ser servidores de la alegría del Evangelio.

Para ello, pedimos a la Virgen de la Vega que nos acompañe en el seguimiento de las huellas de Jesús; y que nos ayude a poner nuestra vida y nuestras tareas en las manos del Señor, para que su Espíritu lo renueve y santifique todo.

Salamanca, 8 de Septiembre de 2018